

El Quijote

contado a los niños

Por Rosa Navarro Durán

con ilustraciones de Francese Rovira



edebé

El Quijote contado a los niños

por Rosa Navarro Durán
con ilustraciones de Francesc Rovira

edebé

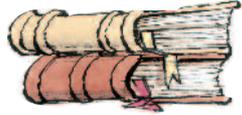
ÍNDICE

Don Quijote de la Mancha.....	7
Don Quijote, armado caballero.....	14
Un desafío nunca visto.....	24
La lamentable vuelta a casa.....	29
La espantable aventura de los molinos de viento.....	34
Lluvia de palos.....	40
Una extraña visita nocturna.....	44
Sancho por los aires.....	54
Los dos espantosos ejércitos.....	59
Una larga noche llena de extraños y horribles ruidos.....	69
El maravilloso yelmo de Mambrino.....	74
La meritoria penitencia de don Quijote.....	79
El cura y el barbero entran en la historia.....	82
La princesa Micomicona y el encantamiento de don Quijote.....	91

SEGUNDA PARTE

Vuelta a las andanzas.....	107
El encantamiento de Dulcinea.....	113
La gran batalla con el bravo Caballero de los Espejos.....	119
El Caballero del Verde Gabán, y la espantosa y desatinada aventura de los leones.....	130
El maravilloso encuentro con los duques.....	139
El desencanto de Dulcinea y los azotes de Sancho.....	144
Las barbas de la Trifaldi y el vuelo de Clavileño.....	153
El durísimo gobierno de la isla.....	166
La inesperada invitación de los bandoleros.....	175
Barcelona, y la última y desastrosa batalla de don Quijote.....	180
La vuelta a casa y las últimas palabras de don Quijote.....	190

DON QUIJOTE DÉ LA MANCHA



En una aldea de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía —no hace mucho tiempo— un hidalgo de mediana edad. Tendría unos cincuenta años. Era delgado, sus piernas eran largas y flacas, y su cara seca. Le gustaba madrugar e ir de caza.

Unos dicen que se llamaba «Quijada» o «Quesada», y otros «Quijana». Pero esto importa poco a nuestra historia.

Se pasaba las horas leyendo libros de caballerías, hasta tal punto que dejó de cazar. Ya no le interesaba más que leer esas historias apasionantes. Incluso vendió tierras para comprarse más libros.



*Se pasaba las horas
leyendo libros de caballerías*

9



Leía día y noche las aventuras fantásticas que vivían los caballeros de esos libros y acabó creyendo que todas eran ciertas: que había gigantes y encantadores, desafíos y batallas. Odiaba a los malos y admiraba a los valientes.

Y tanto se metió en esos libros maravillosos que decidió hacerse caballero andante como sus personajes, para conseguir fama y ayudar a la gente.

Pero para ser caballero andante necesitaba tres cosas: armas, caballo y una dama a quien servir.

Encontró en su casa las armas de sus bisabuelos. Estaban llenas de moho, pero él las limpió. Entonces se dio cuenta de que le faltaba un casco que le cubriera la cabeza. Lo hizo de cartón y, para probar si era fuerte, le dio dos golpes con la espada. Y claro, ¡lo rompió! De tal manera que hizo otro con barras de hierro por dentro, pero no lo probó de nuevo, por si se le volvía a romper. Fue a ver a su caballo, que sólo tenía piel y huesos, y decidió que debía ponerle un nombre adecuado a su nuevo oficio. Cuatro días tardó en encontrar el de «Rocinante», que le pareció que era un nombre significativo: así todo el



mundo sabría que había sido antes rocín y que ahora era el primer rocín del mundo. Se pasó luego ocho días buscándose a sí mismo nombre de caballero, hasta que encontró el de «don Quijote de la Mancha», porque un «quijote» —palabra cercana a su apellido— es una pieza de la armadura del caballero que protege el muslo. Y como él era de la Mancha, lo añadió a su nombre, como solían hacerlo los héroes de los libros de caballería. Uno de sus modelos, el gran Amadís, se llamaba «de Gaula» para hacer famosa su patria. Él haría lo mismo.

Tenía ya armas, caballo y nombre, pero se dio cuenta de que le faltaba algo esencial: una dama a quien amar. Porque cuando él venciese a gigantes o a caballeros, como solía ocurrir —pensaba—, tendría que mandarlos a su dama para que se pusieran a sus pies y le contaran cómo los había vencido el gran don Quijote de la Mancha.

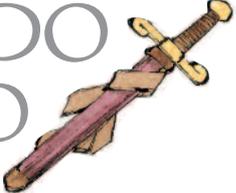
De pronto se acordó de que durante un tiempo anduvo enamorado de una labradora de un pueblo vecino. Se llamaba Aldonza Lorenzo. ¡Ya tenía dama en quien pensar!

Tan sólo debía también ponerle un nombre adecuado, de



princesa y gran señora. Y pensando, pensando, encontró el de Dulcinea del Toboso, porque algo se podría parecer —aunque de lejos— al de Aldonza, y ella era del Toboso.

DON QUIJOTE, ARMADO CABALLERO



Una mañana del mes de julio, muy temprano, sin decir nada a su sobrina y a su ama, que vivían con él y le cuidaban, se puso las armas. Luego se subió sobre Rocinante, cogió la lanza y salió por la puerta del corral al campo.

Empezó a andar, contentísimo de lo fácil que le había sido convertirse en caballero andante. Hasta que, de pronto, se dio cuenta, espantado, de que no lo era, porque no había sido armado caballero. Eso quería decir que no podría luchar contra los que le iban a salir al paso.

Fue tal su disgusto que estuvo a punto de renunciar a su empresa. Sin embargo, decidió armarse caballero en la primera



ocasión que tuviera, como había visto que pasaba en los libros.

Caminó todo aquel día sin que nada le sucediera, cosa que le hizo desesperar. Él estaba impaciente por demostrar lo valiente y fuerte que era.

Al anochecer, caballo y caballero estaban muertos de cansancio y de hambre.

De pronto, no lejos del camino, don Quijote vio una venta, aunque a él le pareció que era un castillo, como los que salían en los libros que llevaba en la cabeza. Se imaginó —o mejor dicho, en su cabeza vio— que la venta tenía torres, almenas, puente levadizo y foso. Y estuvo esperando cerca del imaginario castillo a que un enano tocara una trompeta desde la almena, anunciando que acababa de llegar un caballero.

Por casualidad, un porquero, que andaba cerca recogiendo sus cerdos, tocó un cuerno, y a don Quijote le sonó igual que la señal esperada. Entonces, se dispuso a entrar en el castillo.

¡Cuál fue el susto que se llevaron al verlo unas mozas que estaban en la puerta del mesón! Él quiso tranquilizarlas y empezó a hablar como en los libros:

—¡Non fuyan las vuestras mercedes...!

Ellas, al oírlo y ver el aspecto que tenía, pasaron del miedo a la risa, cosa que empezó a enfadar a don Quijote.

Menos mal que salió enseguida el ventero. Al ver la figura del caballero, imaginó que no debía de estar muy cuerdo. Por eso le ofreció posada con buenas palabras.

A don Quijote le pareció el señor del castillo y aceptó gustoso su invitación.

Las mujeres le ayudaron a desarmarse, pero no pudieron quitarle el casco, porque lo tenía atado con cintas verdes y fuertes nudos, y él no quiso que las cortaran.

Como él tenía que sostenerse la visera, sólo pudo comer con su ayuda: ellas le ponían la comida en la boca. Beber fue más complicado: necesitó una caña que el ventero agujereó.



Y dado que a él le parecía que comía en un castillo y le ayudaban bellas doncellas, decidió que ése era el lugar adecuado para armarse caballero. Y así se lo pidió al señor del castillo.

El ventero, que era aficionado a los libros de caballerías, aceptó hacerlo.

Pasó la noche velando las armas. Las puso sobre una pila de agua que había junto a un pozo. Y con su lanza y su escudo, empezó a pasear delante de la pila.

Era ya noche cerrada, pero lucía luna llena.

A uno de los arrieros que se alojaban en la venta se le ocurrió dar de beber a sus mulas. Para ello, ni corto ni perezoso, se dispuso a quitar las armas que cubrían la pila.

Don Quijote, al ver su osadía, le advirtió amenazador:

—¡Oh, tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante! ¡Mira lo que haces y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento!

Cuando el arriero, sin hacerle caso, las tiró al suelo, el caballero le dio con la lanza un fuerte golpe en la cabeza.

...le dio con la lanza un fuerte golpe en la cabeza





A las voces del herido, acudieron los otros arrieros y empezaron a tirarle piedras desde lejos. Don Quijote intentó resguardarse, pero sin alejarse de las armas.

El ventero gritaba diciendo que le dejaran, que estaba loco. El caballero los llamaba traidores y decía del ventero que era

*...acudieron los otros arrieros
y empezaron a tirarle piedras*

21



un mal nacido señor, porque permitía que tratasen así a los caballeros andantes.

Viendo todo el jaleo, el ventero decidió que la ceremonia de armarlo caballero se hiciese cuanto antes, para que su venta quedara libre de tal loco y de todos los líos que causaba.



Primero hizo poner de rodillas a don Quijote. Luego cogió el libro en donde anotaba el gasto de paja y cebada y, murmurando entre dientes, como si rezara, le dio el espaldarazo, o sea, el golpe con la espada. Una de las mozas le ciñó el arma; y otra, la espuela.

Y don Quijote quedó convencido de que el dueño del casti-
llo y dos doncellas lo habían armado caballero. Así que, con-
tentísimo, se subió a Rocinante para ir en busca de aventuras.

UN DESAFÍO NUNCA VISTO

Ya tenemos a don Quijote como flamante caballero andante.

Cabalgando, llegó a una encrucijada, donde el camino se dividía en cuatro, y dejó a Rocinante que escogiese el que quisiera, porque había leído en los libros que así lo hacían los caballeros.

A unos cuatro kilómetros, vio venir a un montón de gente. Eran seis mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia con sus criados. Llevaban sombrillas para protegerse del sol. Mas don Quijote creyó que eran caballeros andantes y los desafió al modo de los libros de caballerías:

—Todo el mundo se detenga, si todo el mundo no confiesa

*levaban sombrillas
para protegerse del sol*



que no hay en el mundo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

Los mercaderes, al ver tal extraña figura y tan extraño discurso, se quedaron primero asombrados, pero luego le siguieron la corriente como a un loco.

Acabaron diciendo:

—Tranquilo, señor, que estamos dispuestos a afirmar que Dulcinea es la dama más bella, y lo haríamos así aunque fuese tuerta de un ojo.

Don Quijote, furioso por el insulto a su señora, se dispuso a atacar con su lanza, con tan mala fortuna que Rocinante tropezó, y él y su amo se cayeron.

Quiso levantarse don Quijote, mas no pudo por el peso de las armas que llevaba. No le quedó más remedio que amenazarlos:

—Non fuyáis, gente cobarde. Gente cautiva, atended: que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido.

Un mozo de mulas cogió la lanza y se la rompió en las costillas. Y encima le dio un montón de palos.

*...cogió la lanza y se la
rompió en las costillas*

27



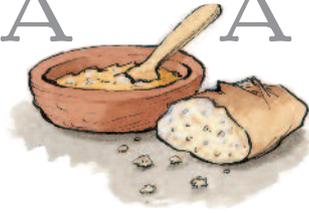
Cuando todos se marcharon, en medio del camino quedó nuestro valiente caballero andante sin poderse mover.

Así lo encontró, por suerte, un labrador de su pueblo. Éste le quitó las armas y le ayudó a subir a su asno, mientras cargaba a Rocinante con las viejas armas del caballero.

Don Quijote, imaginando que estaba viviendo una aventura de libro, le confundió con un tal Rodrigo de Narváez. Cuando su vecino intentó corregirlo, diciéndole que se llamaba Pedro Alonso, y que él no era el moro Abindarráez, como afirmaba, sino el señor Quijana, don Quijote le replicó:

—Yo sé quién soy, y sé que puedo ser los doce Pares de Francia y aun todos los nueve de la Fama, porque mis hazañas serán mucho mayores.

LA LAMENTABLE VUELTA A CASA



Así vieron llegar al molido don Quijote, sobre un asno, el ama y la sobrina, y el barbero y el cura del pueblo, que eran muy amigos suyos.

Habían estado todos muy preocupados al no saber nada de él. Las dos mujeres echaban la culpa a los libros de caballerías que todo el día leía el hidalgo.

Lo llevaron a la cama, mientras él afirmaba que estaba molido por haberse caído de Rocinante cuando peleaba con diez gigantes. Pidió comida y que le dejaran descansar.

Así lo hicieron.

Al día siguiente, ama, sobrina, cura y barbero miraron uno a uno los libros que tenía en su biblioteca y echaron la mayoría a una hoguera que hicieron en el corral. Luego tapiaron el aposento.

Cuando, a los dos días, don Quijote se levantó y fue a ver sus libros, no encontró ni la puerta. Ésa era la ocasión que sus amigos esperaban. Entonces le convencieron de que todo había sido cosa de uno de los encantadores que le perseguía.

—Vino subido en una serpiente y se fue por el tejado, dejando la casa llena de humo —explicaron el cura y el barbero.

El buen caballero quedó pues convencido de que el mago Frestón había hecho desaparecer su tesoro, esos libros que le hacían vivir en otra realidad.

¡Menos mal que él tenía mucha memoria y recordaba todo lo que había leído!

Quince días pasaron y todo volvió a la calma en aquella casa. Todos creían que se había curado de su locura.

Pero él había estado hablando con un labrador, vecino suyo, llamado Sancho Panza, para que le sirviera de escudero.

... miraron uno a uno los libros que tenía en su biblioteca y echaron la mayoría a una hoguera

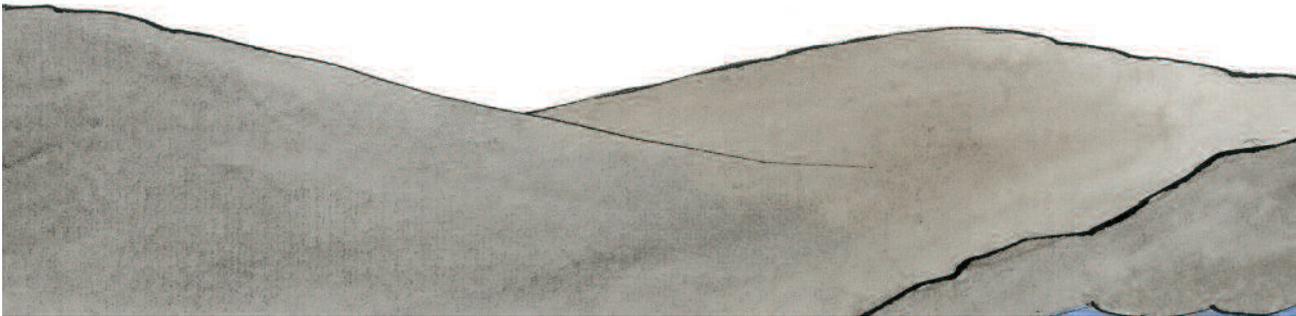


Le convenció diciéndole que, como era muy probable que en alguna aventura ganase una ínsula, le dejaría a él como gobernador.

El pobre labrador, ante tales maravillas, se comprometió a ser su escudero e ir con él en busca de aventuras sin decir nada a su mujer y a sus dos hijos.

Por fin, una noche salieron los dos, sin despedirse de nadie: el señor sobre Rocinante, y Sancho Panza sobre su asno, con las alforjas llenas de comida y una bota de vino.

Caminaron para que el amanecer los cogiera muy lejos de sus casas. Y así fue.



*...era muy probable que en
alguna aventura ganase una ínsula*

